

Santa Hildegarda de Bingen: Una mujer sabia

María del Mar Graña Cid

Universidad Pontificia Comillas. Madrid

E-mail: mar.grana@teo.upcomillas.es

Recibido: 10 octubre 2012

Aceptado: 16 octubre 2012

RESUMEN: Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) era casi una perfecta desconocida hasta su Doctorado. Con él, no sólo ha sido rehabilitada ocho siglos después de su muerte, sino propuesta como modelo para las mujeres y cristianos de nuestros días.

PALABRAS CLAVE: Hildegarda de Bingen, visionaria, mística, *Scivias*, *Physica*, medicina.

Saint Hildegard of Bingen: A wise woman

ABSTRACT: Saint Hildegard of Bingen (1098-1179) was almost unknown before her doctorate. With it, she has not only been rehabilitated eight centuries after her death, but also proposed as a model to both Christian and non-Christian women.

KEYWORDS: Hildegard of Bingen, visionary, mystical, *Scivias*, *Physica*, medicine.

Esta polifacética mujer, una de las figuras más destacadas del siglo XII, fue fundadora, escritora, teóloga, poetisa, compositora de música, médica, naturalista, predicadora y profetisa. Nació en 1098 en Renania, en una familia noble. Sus padres quisieron dedicarla al servicio de Dios y a los ocho años la entregaron a Jutta de Spanheim para que la educase. Ambas residieron en una celda junto al monasterio benedictino de Disibodenberg. Al fallecer Jutta, Hildegarda pasó a ser la

maestra de la comunidad que se había ido formando. En 1148 decidió independizarse del abad y fundar su propio monasterio benedictino en Rupertsberg, cerca de Bingen, del que fue abadesa hasta su muerte en 1179. En 1165 fundaría otro monasterio en Eibingen.

Entre las muchas posibilidades de reflexión que suscita, resulta de gran interés su vínculo con el conocimiento y la creación de una obra propia. Hildegarda es repre-

sentativa de una doble e importante tradición: el saber visionario, que ha sido históricamente característico de las mujeres, y el estudio erudito desarrollado durante los siglos medievales en los espacios monásticos, concretamente en el monacato benedictino. Un ámbito eclesial que brindó a monjes y monjas posibilidades no jerarquizadas de acceso a los saberes eclesiásticos antes de que las universidades segregasen al sexo femenino desde el siglo XIII. En este sentido, la que acaba de ser proclamada doctora de la Iglesia por el papa Benedicto XVI ofrece un modelo de mujer sabia que es importante conocer dada la carencia de este tipo de referentes femeninos en nuestro mundo académico. Señalaré algunos aspectos destacados.

1. *Una mujer permanentemente abierta al saber.* El conocimiento fue uno de los motores de su larga existencia signada por una curiosidad inagotable y un afán de saber movido por el deseo de comprender a Dios y su obra. Accedió a él por caminos convencionales y por otros que no lo eran tanto, reveladores de su concepción integral del ser humano en sus dimensiones corporal-sensitiva, intelectual y espiritual, y de la necesidad de ponerlas en juego. Su apertura al saber se plasmó, en su sentido más

primigenio, en la apertura a lo Otro, a Dios, que la iluminó con visiones y audiciones desde los tres años. Ello dio origen a una obra teológico-visionaria de gran ambición omnicomprendiva con la que pretendió explicar los misterios divinos, el universo creado y la historia de la salvación.

Fue una obra de madurez que inició a los 42 años y culminó con 75. Señaló su inicio un hecho extraordinario: en 1141 tuvo una gran visión que le procuró la total comprensión de la Sagrada Escritura y los misterios divinos y en la que se le ordenó hacer público ese conocimiento. Comenzó así a escribir su obra *Scivias* –*Conoce los caminos* [del Señor]–, en la que invirtió diez años. El libro y su temática revelan su gran ambición intelectual: aunque se confesaba indocta –retóricamente, como se ha comprobado–, su saberse en conexión con Dios le otorgó el valor para pretender explicar los misterios de la divinidad, la Iglesia y la historia de la salvación desde la creación al juicio final. En 1158 tuvo una segunda gran visión que dio lugar a otro libro, el *Liber vitae meritorum* –*Libro de la retribución del bien y del mal*–, escrito en cinco años: describe los combates entre vicios y virtudes, el bien y el mal, y se ha querido catalogar como un tratado de teología moral, aunque su estilo es

Santa Hildegarda de Bingen: Una mujer sabia

inclasificable. Al acabarlo en 1163, tuvo otra gran visión fruto de la cual fue su tercera obra, el *Liber divinorum operum* o *Libro de las obras divinas*, que escribió en diez años: un texto sobre Dios, su creación entendida como macrocosmos el hombre como microcosmos y las relaciones entre todos; incluye una especie de «geografía teológica» presentando los lugares de bienaventuranza y condena. Obra de madurez en la que reelabora y reescribe algunas cuestiones de las dos anteriores.

Invirtió años de trabajo concienzudo en escribirlas empleando una metodología que lograba sintetizar lo visionario con lo intelectual: las grandes visiones se desglosaban en visiones parceladas descritas mediante un lenguaje simbólico no siempre de fácil comprensión, a veces incluyendo escenificaciones y diálogos, para pasar después a una interpretación detallada próxima al análisis reflexivo erudito en la que hablaba la voz de Dios, a menudo en diálogo con la autora. Pues Hildegarda, además de visionaria, es representativa de la importancia del estudio: fueron amplios sus conocimientos de exégesis bíblica, patrología y filosofía, incluso de los autores clásicos.

Acompañó esta erudición con pasión por la investigación científic-

ca, rasgo igualmente marcado por la ambición en un afán enciclopédico que compartía con sus contemporáneos. Dio lugar a otra serie de escritos que, si bien muy distintos a los teológicos, compartieron con ellos el peso central de la experiencia. Con gran sentido de la realidad, elaboró saberes fundados en la observación directa dando lugar a una interesante obra científica: la primera historia natural escrita en alemán, *Physica*, y un libro de medicina, *Causae et curae*. En la primera incluyó más de 500 descripciones de plantas, animales, piedras y metales; se ha destacado que, hasta la Edad Moderna, nadie enumeró de forma tan exhaustiva la fauna acuática del Rin y sus afluentes. En la segunda estudiaba las enfermedades, sus causas y remedios, apoyándose en la literatura científica y, sobre todo, en la observación y su experiencia personal como médica. Fue terapeuta y traumatista de cuerpos y almas: curaba empleando la medicina natural y una especie de psicoterapia unida a la oración, además de obrar milagros. Consideraba a la persona en su unidad física, psíquica y espiritual y concebía la salud como la vida en armonía consigo mismo y el mundo.

Ambas formas de saber, visionaria y científica, muestran la importan-

cia del amor y su asociación entre conocer y amar. Por amor a Dios, amaba a su creación y deseaba conocerlos a ambos; dicho conocimiento es también una forma de acceso al amor de Dios, que actúa en todo lo creado. Ella misma se compara con el discípulo amado, San Juan Evangelista, recostado sobre el pecho de Cristo y recibiendo de él todo el conocimiento en una imagen que es trasunto de la unión mística.

En su obra tuvo gran peso la música. Los expertos consideran que sus escritos teológicos muestran una composición de cadencia musical. Pero, además, fue autora –no visionaria– de la música y el texto de casi 100 composiciones de diferentes géneros entre las que destacan 43 antífonas y un drama musical paralitúrgico. Se trata de la mayor producción musical con autoría definida conservada hasta entonces y ofrece rasgos originales. Frente al intelectualizado concepto imperante en el que la música formaba parte del *Quadrivium* y se asociaba a las matemáticas, creó un arte sentimental y sensual que no podía adaptarse a la monodía gregoriana al uso y que abarcaba dos octavas, seguía amplios rangos tonales y conciliaba la rapidez con la ralentización. Música litúrgica que requería la dramatización y el baile con exuberantes

adornos y coreografía. Se encuadraba en su teología: el *Ordo virtutum* es un drama musical, canto en armonía para animar a las virtudes a ayudar al hombre, y la *Symphonia harmonie celestium revelationum* un conjunto de piezas cortas que celebran el misterio de Dios hecho hombre por mediación de María. Formuló incluso una teología de la música entendida como forma de reintegración al estado perdido con la caída.

2. *¿Creadora de un saber original?*
Hildegarda fue hija de un contexto intelectual y teológico cuyas inquietudes compartió. Otros autores del siglo XII se acercaron a la naturaleza, la historia de la salvación y la armonía del plan cósmico divino, tema que, además, contaba con larga tradición. Pero es posible hablar de originalidad en las formas y los énfasis. Su obra teológica es inclasificable y no ubicable en lugares precisos de la teología, historia, literatura, arte... Además, empleó lenguajes propios: sobre todo la visión, que a su carácter simbólico-alegórico trufado de alusiones bíblicas y símbolos naturales une la implicación de los sentidos de la vista y el oído y la cadencia musical; la visión es también una forma cognoscitiva que provoca un impacto sensorial e imaginativo en quien lee el texto y una comprensión integral; por otra

parte, compuso la primera lengua artificial de la historia en su *Lengua ignota*.

Otra de sus notas originales fue su enfatización del carácter relacional de la creación: la relación e interrelación armónica de todo lo creado entre sí y con Dios, muestra de un carácter holístico que ella misma puso de manifiesto en su forma de componer su obra y en su trabajo médico. Esa armonía relacional responde al plan amoroso de Dios para su creación, a la que envuelve con su abrazo y besa. Cosmos y ser humano son mutuamente dependientes, de ahí que los malos actos de éste alteren el equilibrio ecológico y cósmico. Por lo demás, el ser humano es el corazón del cosmos y participa del mismo en su corporeidad, señalando paralelos entre las partes del cuerpo, los fenómenos naturales, los astros y las estaciones del año. Su planteamiento es positivo: ambos están destinados a reintegrarse finalmente en Dios.

En este aspecto relacional ofrece una de sus grandes aportaciones como autora de la primera teoría completa de la complementariedad entre los sexos. La obra salvadora de Dios se realiza en un universo sexuado formado por mujeres y hombres, diferentes pero iguales. Su descripción del hombre perfecto incluye la necesidad

de desarrollo del lado femenino de su naturaleza y de estar con las mujeres en relación completa, equilibrada y complementaria, dentro del matrimonio –con una visión positiva de la sexualidad– o en la vida célibe, y lo mismo afirma respecto a la mujer perfecta en relación con su lado masculino y con los hombres. Aunque resulta conservadora en ciertos aspectos y acepta la mayor debilidad de la mujer, señala que la gracia de Dios puede fortalecerla y ella misma no tuvo reparo en medirse con los hombres en el mundo que le tocó vivir. Fue una mujer que se involucró activamente en sus relaciones masculinas y que fue capaz de trastocarlas garantizando su autonomía y la de sus monjas mientras reformulaba las nociones de autoridad logrando el apoyo masculino y obteniendo monjes secretarios a su servicio.

3. *Un saber aplicado a la vida.* Unió su pasión científica a su carácter de visionaria receptora de la orden divina de transmitir su saber y, en cuanto tal, profetisa iluminada por las lenguas de fuego del Espíritu Santo. Quiso poner su sabiduría al servicio de la vida, de la armonía de la obra de Dios, y supo conciliarlo con una gran inteligencia práctica para abrirse camino en el mundo. Buscó el apoyo de la autoridad eclesiástica escri-

biendo a San Bernardo y logró el respaldo del papa Eugenio III, que le permitió hacer público su saber, y del emperador Federico I Barbarroja. Pudo iniciar así, desde una posición de autonomía monástica y eclesial, una intensa actividad de magisterio rebasando los estrictos papeles que limitaban la actuación femenina.

Mantuvo intensa correspondencia con los principales personajes y autoridades de su tiempo de la que hoy conservamos más de 200 cartas. En ellas plasmó su conciencia profética y deseos de reforma de la Iglesia, a menudo reprobando conductas indignas, e intervino en algunos de los principales problemas eclesiásticos como el cisma provocado por Barbarroja. Para luchar contra los vicios del clero y la herejía cátara realizó cuatro viajes de predicación por Alemania entre 1160 y 1170, el último con más de 70 años y tras superar una dura enfermedad. Era directa y severa en su denuncia, pero también positiva al subrayar la inagotable bondad de Dios: no anunciaba el castigo divino con el fin del mundo, sino una tormenta purificadora que iniciaría una época jus-

ta y pacífica. Quizá se debiese a esto su éxito entre los eclesiásticos, que tras escuchar sus sermones se los pedían por escrito. Esta visión positiva afectaba también a los herejes: aunque oponía al dualismo su visión integral de la creación y consideraba que habían de ser vencidos, rechazaba su ejecución por tratarse de seres humanos y, en cuanto tales, imagen de Dios.

Santa Hildegarda de Bingen. Una mujer con mucho que decir a los cristianos de hoy y un gran exponente de la obra femenina en la historia de la Iglesia.

Obras de Santa Hildegarda

Scivias. Conoce los caminos, Madrid: Editorial Trotta, 1999.

Libro de los merecimientos de la vida, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 2011.

Libro de las obras divinas, Barcelona: Herder Editorial, 2009.

Physica. Libro de medicina sencilla. Libro sobre las propiedades naturales de las cosas creadas, Astorga: Editorial Akrón, 2009.

Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales, Madrid: Editorial Trotta, 2003. ■